

En marzo de 1892, aparece el primer número del periódico *Patria* y - a pesar de que no es una publicación de tema artístico – Martí siempre encuentra algún resquicio- como mismo ocurrió con *La América* de Nueva York, para hablar de pintura y para describir y comentar obras de arte, uno de sus ejercicios más estimulantes como escritor.

Su primer gran estudio de tema plástico en *Patria* fue escrito el 16 de abril de 1893 y se titula “*Galería de Colón*, libro nuevo de Néstor Ponce de León, New York, 1893”. El libro que reseña el crítico es una edición en extremo lujosa, en equivalencia al caudal económico del amigo rico de Martí, y versa sobre el retrato literario y plástico de Cristóbal Colón desde el siglo XV hasta el XIX. Constituye, además, una obra más ambiciosa y completa que otras iconografías del Almirante realizadas en España y Francia que consultara el escritor con anterioridad.

En cuanto al retrato plástico de Colón, Martí nos refiere que existió un arzobispo y médico en el renacimiento italiano que tenía en su poder retratos del Almirante en los cuales él posó verdaderamente para los artistas. El nombre del prelado era Paolo Giovio (1483-1552); según Ponce de León, fue un gran adulator de reyes y empleador de artistas, y en un lenguaje más comedido, la historiografía lo destaca como un hombre de ciencias y artes, médico personal de personas muy poderosas de la Italia del XVI, que levantara un palacio en la ribera del lago Como provisto de un importante museo. Martí nos comenta que es posible que el retrato de Colón, propiedad del Arzobispo,

es el conocido como de Orchi, y coloca una reproducción del mismo en el periódico, pero en la actualidad existe otra imagen de Colón que atribuyen a la colección Govio y es el retrato realizado por Domenico Ghirlandaio, curiosamente, aquel pintor del quattrocentismo italiano que Martí comenta en *La Edad de Oro* como el primer maestro de pintura de Miguel Ángel. Sin embargo, el retrato conocido como de Orchi es fidedigno para Martí y no tiene esa adulteración del rostro de obras posteriores. En su peculiar análisis psicológico de los retratos, el escritor cubano percibe en el rostro de Colón “el atrevimiento, sin el desinterés”, “el alma fosca y concentrada, y el ojo fijo, hondo y adoselado de quien ve lo que otros no ven, y la inteligencia ida por las nubes, y la boca amarga”.

La variedad de artistas que han pintado a Colón sería imposible de aglutinar en una simple reseña, pero entre los más interesantes están: el posible dibujo que hiciera de él uno de los pilotos de sus tres naves, un marino llamado Juan de la Cosa que se dice sabía de dibujo y que hasta realizó la primera versión de mapamundi con El Nuevo Mundo incluido; y el retrato, excesivamente ornamentado de Teodoro de Bry para el libro *América*, donde se muestra Colón de cabello y cejas rojas.

Los pintores españoles, obviamente, son los que más han pintado a Colón a través de los años, y del amplio grupo que menciona el crítico podemos señalar a Felipe Massó, que en su lienzo muestra al gran aventurero exponiendo a los frailes de La Rábida sus nuevas teorías sobre las rutas a Indias; o el conocido cuadro de Dióscoro Puebla de “El primer desembarco de Colón en América”.

Pero como el periódico es llamado *Patria* y la historia de nuestra nación, como la de muchas otras, cambió drásticamente con la llegada del Almirante a nuestro continente, Martí termina su gran reseña con la manera en que los artistas cubanos reflejaron a Colón en sus obras.

Las restantes críticas que escribió Martí para el periódico *Patria* se centran en pintores considerados como cubanos. La primera de ellas fue publicada el 22 de julio de 1893 y está escrita al estilo de sus semblanzas a pintores donde, a la par de la vida, comenta y analiza la obra del artista; en este caso, la vida y obra de Juan J. Peoli, quien acababa de morir en los campos de Cuba (fallece específicamente en Sagua la Grande, antigua provincia de Las Villas) después de muchos años de residencia en Nueva York.

Fue Peoli uno de los más queridos amigos de Martí, y junto a Federico Edelman y su amigo uruguayo Enrique Estrázulas, de los que más hablara de asuntos de artes plásticas en su largo exilio en Nueva York.

Peoli era de padres venezolanos residentes en La Habana de principios del XIX; pero accidentalmente nace en New York en 1825, debido a que su padre estuvo involucrado en la legendaria conspiración de Soles y Rayos de Bolívar. Su primera niñez transcurrió en Caracas y pasado el tiempo su familia retornó a La Habana. En 1840 el joven Peoli ingresa en la academia de pintura San Alejandro. En 1843, y a partir de un “retrato atrevido de sí propio” logró el primer premio de esta institución y la posibilidad de marchar a Europa en calidad de becado. Nos comenta Martí que en Roma tuvo de profesor a Minard, quien lo tenía “de discípulo favorito”. Regresa a Cuba en 1852 y en 1863 ya con su familia cubana conformada emigra a Estados Unidos, a pesar de ser una figura muy querida por la ilustrada intelectualidad habanera.

Con el tiempo Peoli fijó su residencia en una casa campestre a orillas del Hudson para poder pintar al aire libre como los grandes paisajistas norteamericanos de aquellos años, y aquel lugar fue uno de los más visitados y querido por Martí, pues Peoli poseía una gran colección de reproducciones a grabado de obras de artes y una muestra muy importante de acuarelas de temática histórica, además de ser socio de honor del Museo Metropolitano de Nueva York.

Uno de los hechos de la vida de Peoli que más despertaba la atención del escritor cubano fue cómo el artista abandonó por un tiempo la pintura y se fue a luchar con Garibaldi. Decisión esta que siempre admiró Martí y que destaca una y otra vez en las críticas a Detaille, Fortuny, Vereschagin o sus valoraciones breves sobre Henri Regnault. Él mismo estaba a punto de pasar por una disyuntiva similar.

También Peoli fue una fuente de conocimiento para Martí en torno al tema del mítico caudillo venezolano José Antonio Páez, pues el pintor era de ascendencia venezolana y conoció y retrató al gran general. Martí tenía a Páez como el héroe más original y literario de Nuestra América y para la descripción y rasgos faciales del líder de los llaneros – que aparecen en su semblanza histórica sobre el caudillo – influyó en gran medida la observación del retrato de Páez realizado por Peoli que se exhibe hoy en Smithsonian American Art Museum y fue donada al museo por los hijos del pintor en 1910. Martí tenía un dibujo preparatorio de esa obra en su oficina de Front Street.

Además de pintar lienzos, Peoli fue litógrafo y caricaturista y cultivó principalmente las vertientes del retrato y el paisaje. Dibujó a grandes hombres del XIX cubano como Domingo del Monte, José Antonio Saco y Cirilo

Villaverde, pero también lo hizo de los llamados hombres olvidados, rasgo este que apreciaba mucho Martí de los artistas que, a la usanza de Velázquez, eran capaces de reflejar al rico y al pobre, al hombre con historia o al sin-historia y casi desconocido, con igual carga de sensibilidad y belleza; por tanto, no duda en resaltar la ilustración “que por el candor conmueve y por la naturalidad encanta” de “El Negro Guardiero” realizada para un libro de Anselmo Suárez y Romero, que según Martí, se trata de la imagen de “el buen Taita Alejandro del ingenio de Mendive”.

Sin embargo, en cuanto a herencia estética directa, Peoli es ubicado por Martí dentro de la poética del Romanticismo; y un fiel ejemplo de esta aseveración es su misterioso y bello cuadro de la Dama del Lago que Martí describe “envuelta en vagos velos, como luz en bruma espesa”, y que constituye una de las obras más llamativas y hermosas del salón del siglo XIX perteneciente al edificio de Arte Cubano del Museo Nacional Bellas Artes.

La última crítica de arte martiana en *Patria* fue publicada el 8 de diciembre de 1894 y continúa la misma cuerda de aquellos estudios suyos sobre la pintura de los hombres y mujeres de trabajo y esfuerzo diario. Es el tipo de obra o retrato humano que, para Martí, tiene a Velázquez como principal modelo, y luego también Goya, Millet, Coubert y Degas. Sin embargo, encuentra ahora un joven compatriota continuador de esta línea de pintura, natural de Santiago de Cuba y llamado Joaquín Tejada (1867-1943). El gran acierto de Tejada es que “si va a Barcelona, no pinta ocios y tentaciones (...) sino la gente triste de la ciudad, de blusa o capa ruin, o de pañuelo y cesta, que en el azar de un sorteo busca alivio a su vida áspera y ansiosa”. Mientras que

de Cuba “pinta a un negro, roto y avinado, o a otro de África, cano y nudoso, y de ojos como iracundos y proféticos”.

El cuadro de Barcelona que admira Martí se llama “La lista de la lotería”, cuyo tema tan sencillo y fotográfico estimula sobremanera al crítico, que aprovecha el motivo para disertar y fabular sobre cada personaje tipo español que aparece en la obra; y así describe, como si estuviera en aquella calle al mozo de cordel, a la modista, al estudiante lampiño, al empleado pálido, al vejete parlanchín o al porfiado valenciano de alpargata y montera. En resumen, expresa el escritor cubano, se trata de un lienzo que nos dice con la imagen que “el trabajo da salud, que la mujer es hermosa y consuela, que la humanidad codicia y hierve”.

Con esta crítica sobre la pintura de Joaquín Tejada termina así alrededor de diecinueve años de estudio y disfrute de las artes plásticas por Martí; aunque este marco de tiempo es en esencia formal, y Martí siguió pintando con palabras hasta el final de su vida, como lo demuestra su sorprendente *Diario de Campaña* que, entre su variedad de registros, puede considerarse el de un cuaderno de bocetos y apuntes lleno de retratos de gente humilde y paisajes de color, sonidos, síntesis y luz de nuestros campos cubanos.